

TEATRO LA ABADÍA

CORTANTE TERROR DE HIELO

'INVERNADERO'

Autor: Harold Pinter. / Adaptación: Eduardo Mendoza. / Director: Mario Gas. / Escenografía: Juan Sanz y Miguel Angel Coso. / Iluminación: Cornejo. / Vestuario: Antonio Belart. / Reparto: Gonzalo de Castro, Tristán Ulloa, Jorge Usón, Isabelle Stoffel, Carlos Martos, Javivi Gil del Valle, Ricardo Moya. / Escenario: Teatro de La Abadía. Calificación ★★★

JAVIER VILLÁN MADRID

Todo es frío, inquietantemente frío, vitriólico y fabuloso en este raro texto de Harold Pinter, uno de los referentes máximos del teatro universal. Pinter siempre ha sido un raro: crítico, ácido, incómodo, comprometido. Siempre. Desde aquella claustrofobia inicial de sus primeros textos nunca le ha abandonado esta sensación de aislamiento de unos personajes solos frente a un mundo hostil, amenazados por un poder invisible. Incluso podría hablarse, un poco aleatoriamente, de cierto humor: ironía, sarcasmo. Un humor negro e incómodo, de los que, en vez de sonrisa, provocan un escozor en el estómago. En lo de visualizar este tipo de sensaciones Mario Gas es un director avezado.



Javivi y Gonzalo de Castro, en un momento del montaje de 'Invernadero' en el Teatro de La Abadía. SERGIO GONZÁLEZ VALERO

*Invernadero* es Pinter genuino, de ideas negras: un terror insinuado en una clínica de reposo que es todo lo contrario de lo que parece ser. Un centro por el que anda suelto el terror, confinado en unos despachos o en unas habitaciones hospitalarias. A la espera de un mínimo resquicio por el que poder escapar. Y al final es-

capa de forma contundente y turbadora. Y que recuerda esas clínicas nunca vistas, pero demostradas, de reeducación política; o sea, lavado de cerebro. Tristán Ulloa (Gibbs) es el rostro del mal, el terror silencioso y apacible. Interpretación colosal, brutalmente interiorizada: su sonrisa es la mueca de la muerte.

Todo es gélido en este montaje de un Pinter negro, menos la *glamourosa*, caliente impudicia de Isabelle Stoffel, en la señorita Cutts, tan amante de uno, el gran jefe Roote, como desdeñada por otro, el astuto y bífido Gibbs. Hasta la gestualidad exagerada y reumbante de Gonzalo de Castro, coronel Roote, resulta fría. Es un

dato político: una casa de rehabilitación dirigida por un coronel del ejército condecorado. Como son indicios políticos el *electroshock*, el micrófono dentro de la tarta, el mensaje de Navidad, los informes obligatorios y delatores.

Hasta la tortura por *electroshocks* tiene un distanciamiento desdeñoso propio también de los códigos de Gas; y un poco menos, el desconcierto de uno de los empleados Lamb (Carlos Martos), experto en cerraduras y cerrojos. O los informes arteros y tendenciosos del Lush de Jorge Usón, entre bufón y escorpión sumiso; o la resolución sibilina de un alto funcionario, Loob (Ricardo Moya), que enigmáticamente insinúa, mas no aclara los misterios. O la tarta de cumpleaños cocinada por Tubb (Javivi Valle) con un micrófono dentro.

Una iluminación espectral y una escenografía sin ornamentación contribuyen a esta frialdad. Austero montaje de Mario Gas, excelente director de actores, excelente director de todo, acostumbrado a las cifras macroeconómicas de los teatros oficiales. Mario Gas ha declarado que el teatro en España está mal y que un cambio político podría arreglarlo. Está mal por culpa, entre otras cosas, del 21% del IVA caníbal. Pero no está peor que antes, cuando el indiscutible talento de Mario Gas, gozaba de todas las prebendas macroeconómicas oficiales del Ayuntamiento de Madrid.